

BIBLIOTECA AMERICANA

Por Ernesto MEJIA SANCHEZ

¿QUIÉN no habrá imaginado alguna vez la biblioteca que compendiará todo el esfuerzo americano y la curiosidad extraña sobre nuestro mundo? Una biblioteca que incluyera las de Eguíara y Beristáin, las sabias enumeraciones de García Icazbalceta, Andrade, León, Trelles, Medina y Furlong, y las *addenda* que se han hecho a sus obras, es tan imaginaria, ciertamente, como *La biblioteca total* que soñó un colaborador de *Sur* en 1939. Sólo Pedro Henríquez Ureña se atrevió a diseñar (y por supuesto no logró ver) la vasta *Biblioteca Americana* que hoy el Fondo de Cultura Económica publica en memoria suya; esta maciza estantería conviene en dejar sitio a todos los frutos americanos, desde las literaturas en lenguas indígenas hasta la más moderna expresión en lengua española, y al testimonio del ojo ajeno: cronistas y viajeros que dieron fe de nuestro ámbito.

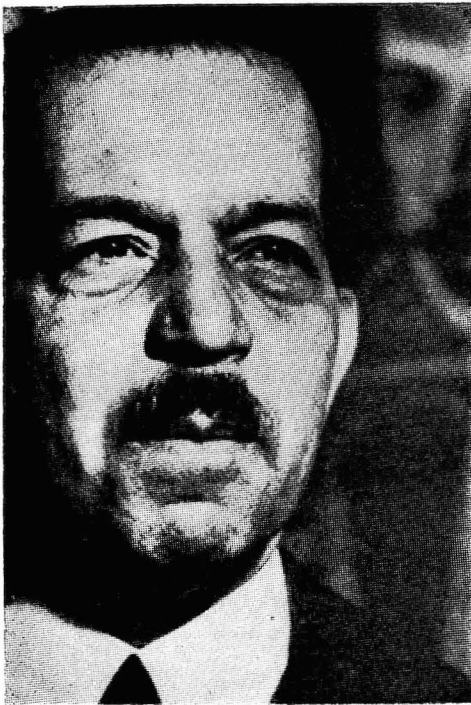
En los treintidós volúmenes publicados a la fecha ya están presentes los principales aspectos americanos (véase nuestra reseña en *México en la Cultura*, 11 de septiembre de 1955, n. 338, 1ª p.) y entre ellos figuran dos indispensables para la prosecución de las misma *Biblioteca*: *Las corrientes literarias en la América hispánica* (vol. 9), obra escrita originalmente en inglés por el autor del proyecto y traducida por Joaquín Díez-Canedo, y la *Bibliografía mexicana del siglo xvi* (vol. extraordinario en todos sentidos), de Joaquín García Icazbalceta, puesta al día por Agustín Millares Carlo. Quien vigiló la impresión de esta obra monumental, Julián Calvo, escribió una reseña en esta misma revista, agosto de 1954, vol. VIII, n. 12, pp. 29-30. El volumen de Pedro Henríquez Ureña sobre *Las corrientes literarias* lleva ya dos ediciones (1949 y 1954) y "viene a ser como introducción y modelo de toda la *Biblioteca*", opina Marcel Bataillon.

Como homenaje a esta empresa grandiosa, y en recuerdo de aquella primera *Biblioteca Americana* de Leipzig-París (Frank, 1861-1864) se han bautizado estas columnas con igual título; no se trata, pues, de un acto gratuito, sino de uno muy interesado en servir a las cosas de nuestra América. Quizá la memoria, la imaginación, de una biblioteca formada con mucho empeño americano en uno y otro mundo, tal vez irremisiblemente perdida, intervenga también en este bautismo. Pero no se achaque a la fantasía los aciertos o defectos anotados aquí a las obras examinadas; sólo un exceso de celo puede mejorar hoy por hoy nuestras obras. Es caso de amor propio.

Autores antiguos, modernos y contemporáneos, obras viejas y nuevas, ediciones raras o populosas, si son americanas por la mano o la mirada, pasarán revista aquí. ¿Preferencias? Las mías, de otra manera no puede ser. Y ¿para comenzar? Una bibliografía. "Bajo la seca apariencia de una lista de libros, las bibliografías", ha escrito Alfonso Reyes, se esconden a veces los más jugosos frutos, las más variadas sorpresas. Digo, a veces.

JULIO A. LEGUIZAMÓN: *Bibliografía general de la literatura hispanoamericana*. Buenos Aires, Editoriales Reunidas, S. A. (Cochabamba, 154 - 8). 1954, 213 pp.

"La presente bibliografía —dicen las *Advertencias preliminares*— no es sino la de nuestra Historia de la Literatura Hispanoamericana, ampliada y actualizada con la mención de obras posteriores a su aparición y algunas [con algunas, debe entenderse] modificaciones en el criterio adoptado en aquella obra para la clasificación del material." En nota se aclara que "nuestra Historia" fue publicada por la misma editorial (y autor) en dos tomos, hoy agotados, el 1945. Por lo que



P. H. Ureña— "se atrevió a diseñarla"

luego se verá, no sabemos si lamentar ese agotamiento; quizá la editorial quiera enviarnos la segunda edición que anuncia el autor: "Mientras llega el momento de su reimpresión [de la *Historia*] hemos juzgado útil publicarla [la *Bibliografía*] independientemente por su valor auxiliar como instrumento de trabajo para los aficionados a la materia." (El tipo cursivo es nuestro.)

"Proceden, pues en este lugar, las mismas advertencias que preceden a la primera publicación" [la *Historia*]. El juego de palabras parece no ser intencional, pero sigamos: "Se trata, como el título lo explica, de una bibliografía general, o sea, común y esencial para el estudio de la materia, mientras que la propia de cada tema o autor se ha indicado en el cuerpo y en las notas del texto [de la *Historia*]. A él se debe recurrir en tales casos aún cuando algunas menciones aparezcan repetidas aquí. Este carácter complementario de la obra a la que sirvió de apéndice bibliográfico dejaría contestada la objeción que anota a su respecto un manual modelo en su género". El manual, aclara una nota, es la *Bibliografía de la literatura hispánica*, de José Simón Díaz (Madrid, 1951), en cuyo tomo II, p. 20, se hace la objeción. El párrafo es muy oscuro, pero se entre-

vé que la crítica de Díaz motivó la reimpresión separada de la *Bibliografía* que hoy comentamos.

En segundo lugar, es curioso que ésta se anuncie, por una parte, como "instrumento de trabajo para los aficionados a la materia", y por otra, como "esencial para el estudio de la materia". Sólo que "materia" tenga aquí una connotación física y los "aficionados" lo sean de una secta filosófica. Con todo, no puedo negar la copia al siguiente párrafo:

"Tal vez no resulte ocioso recordar que, por el territorio del conocimiento abarcado, el criterio de clasificación aplicable no puede ser natural sino artificial, aún cuando se trate de basarlo sobre el mayor número de caracteres comunes y distintivos, sin olvidar la naturaleza más bien didáctica que real de los géneros en nuestra materia. Hay, así, extensas zonas de limitación imprecisa, susceptibles de crear la duda sobre si el objeto debe colocarse —alternativamente— a uno u otro lado de la difusa frontera. Para tales casos de dudosa clasificación o de difícil caracterización del contenido (panoramas de la vida intelectual o literaria, biografías simultáneamente críticas, etc.), la obra inquirida debe buscarse en todas las secciones de posible figuración..."

Con tal capacidad de abstracción difícilmente se puede llegar al éxito de las sutiles concreciones bibliográficas. En efecto, el material aquí es abundantísimo, pero presentado hartó erróneamente, no sólo por la sinuosa clasificación adoptada, sino por el manejo segurísimo de fuentes de segunda mano; el orden alfabético unas veces utiliza los nombres de autor y otras el título de las obras (y en este caso considera las partículas como indispensables), la doble y aun triple copia de cédulas de una misma obra en una misma sección, los nombres y títulos en idiomas extranjeros aparecen sumamente dañados, y aun los españoles, el uso de mayúsculas y minúsculas sin concierto alguno en los títulos, y la confusión de apellidos, pie de imprenta, lugar y año, es tan abundante que no puede atribuirse a los calumniados linotipistas.

La simple recitación de los errores más graves nos llevaría más de las tres columnas mensuales que sostienen esta *Biblioteca*; sin embargo, queremos de una vez reparar uno gravísimo, del que no es responsable por cierto el autor de la *Bibliografía*, sino nuestro amigo Enrique Anderson Imbert. En la sección bibliográfica de su breviario de *Historia de la literatura hispanoamericana* (México, Fondo de Cultura Económica, 1954, p. 387) recomienda como "útil, sobre todo por su abundante y bien ordenada bibliografía" la *Historia* de Leguizamón. Ya hemos visto, aun por boca del propio autor, que esto no es cierto.

Aunque Leguizamón es también autor de un volumen de poesías que lleva el significativo título de *La luna en la ciénaga*, preferimos hacer nuestra, para terminar, su advertencia final, genuinamente inclinada a la literatura fantástica:

"La ilusión de una posible aunque lejana meta es el más alto estímulo para este género de tareas. Sirva nuestra modesta contribución como bien intencionado auxilio para la marcha hacia el inalcanzable objeto."